

nidad, los eterniza. Llegamos, pues, aquí, a otra de las constantes de esta poesía: la abolición de la temporalidad. En Valentín Arteaga, que permanece blindado tras el cristal diáfano de la belleza, la angustia de la temporalidad desaparece. Se destruye incluso la sucesión lógica de las secuencias temporales y se produce una fusión de presente, pasado y futuro:

"Lo que vendrá pasó, lo pasado es futuro
que se recuerda".

La irreversibilidad del tiempo se quiebra y se hace posible tanto caminar hacia el pasado como recordar el futuro que aún no ha sobrevenido. La aspiración del poeta es crear un ámbito "atemporal y mítico" donde el presente se constituya en una totalidad integradora, en un ámbito absoluto donde "todo tiempo pasado, todo es tiempo futuro, todo es tiempo presente". En definitiva, lo que el poeta persigue, tras desterrar la idea de la existencia objetiva del tiempo, es crear una eternidad habitable, una eternidad real y soñada:

"Nos hallamos
sin tiempo, sin praderas, eternas
los dos".

Encontramos, pues, a Valentín Arteaga, en busca de un presente eternizado por una parte y en busca de un pasado absoluto por otra. Un pasado que en ocasiones es su propia infancia personal, y que otras veces se trata de un estado originario, preadánico, de la naturaleza. Late en estos versos una añoranza de los remotos tiempos primitivos, un ansia por retornar a un comienzo primigenio y cósmico, un anhelo por regresar a los orígenes. Lo que subyace aquí residualmente es la idea del mito cosmogónico, la idea de que existió alguna vez una estado de pureza en la humanidad. Para recuperar esa pureza prístina lo que Valentín Arteaga hace es proyectarlo todo ritualmente al origen:

"Nace el hombre de sí, con insistencia:
Su sueño es regresar. Volver las palmas
sedientas de sus manos al principio."

A un principio en el que, según el poeta cree, debió de existir la paz universal, la "protohistórica desnudez", la inocencia primera, la pureza incontaminada. Al poeta, a quien antes veíamos liberándose de la ley kármica mediante la abolición de la temporalidad, lo vemos ahora tratando de liberarse, ascéticamente, de todo cuanto pueda impedirle el traslado a ese tiempo sin tiempo de los orígenes; lo vemos desnudarse para entrar a ese recinto sagrado donde sólo es posible adentrarse desnudos, porque la desnudez (la adánica desnudez) es, obviamente, un símbolo de pureza:

"Oh, si pudiéramos...
adentrarnos desnudos otra vez, casi animales, puros
dioses quizás
y adolescentes..."

El poeta se configura como una especie de hechicero de la palabra, un cantor oficiante que derrama su magia verbal sobre la tribu, una voz totémica que concibe la poesía, ante todo, como un hecho ceremonial, como una liturgia lingüística, como un rito sagrado que puede revestirse de paganismo o de fervoroso sentimiento cristiano. La poesía de Valentín Arteaga es una auténtica ceremonia